

Roberto R. Bravo*

Wittgenstein: la aniquilación de la filosofía por el lenguaje

Dentro de la reducida (por su extensión) obra filosófica de Wittgenstein, el *Tractatus* destaca por su organicidad y sistematicidad frente a la aparente multiplicidad de intenciones y motivos de los otros textos, de los que no sabemos qué forma definitiva habrían asumido y ni aun qué partes habrían sobrevivido a la revisión crítica de su autor, si hubiera decidido publicarlos. Si alguna característica común evidencian es la de haber sido escritos para uso personal; son reflexiones a menudo inconexas e incluso a veces, quizás, contradictorias, sobre las que fueran preocupaciones filosóficas de Wittgenstein: el lenguaje, la lógica, la conexión entre ambos, la función de la filosofía.

Voy a referirme aquí, exclusivamente, al *Tractatus*. Esta opción, que promete la ventaja de una simplicidad aparente, es la que aporta, creo, la imagen más definida del a menudo crítico Wittgenstein. En efecto, el único libro que decidiera publicar constituye la referencia siempre obligada del filósofo, contrapunto necesario de los otros textos en la dudosa y entretenida tarea de precisar su intención, así como las discutidas similitudes y diferencias entre el «primer» y el «segundo» Wittgenstein. Su reducido volumen, que las ediciones inglesa y española tradicionalmente compensan con la presentación bilingüe, incluyendo el original alemán, contiene una de las claves para la comprensión de los movimientos analíticos de este siglo. El *Tractatus* marca un hito ineludible en la historia de la filosofía, por el que inevitablemente en algún momento se habrá de transitar y, quizás, alguna vez que otra, regresar.

Como se sabe, el aforismo ofrece una gran riqueza interpretativa. Este recurso literario aplicado a un discurso que busca simplificar su

* Escuela de Filosofía. Universidad Central de Venezuela.

tema hasta el grado de anularlo comporta una oposición entre fondo y forma que es sin duda una de las razones de la fascinación que el *Tractatus* siempre ha ejercido. Acaso esta característica estética —literaria, lúdica— haya sido el único modo de dotar de interés, para Wittgenstein, a un instrumento (el lenguaje) cuya única y fatal finalidad se agota en «reflejar la estructura del mundo». Así, es la estética la que conforma —es decir, muestra, no expresa— la compleja trama cuyos hilos corren paralelos, convergen o se entrecruzan en el libro, dotándolo de la multiplicidad de lecturas que es otro de los motivos de su incesante fascinación.

El *Tractatus* es la búsqueda de la simplicidad filosófica. Pero esa simplicidad, como en los juegos chinos, aguarda únicamente al final de un intrincado laberinto. En esa forma de juego que es la filosofía, es mucho lo que hay que decir para llegar a la sencillez del filósofo. En el caso de Wittgenstein dos motivos, quizás, lo respaldan: uno, lo arduo de hablar en torno al lenguaje eludiendo —tratando de eludir— el vertiginoso resultado de una autorreferencia estéril; el otro, el fin perseguido: para lo poco que, de acuerdo con Wittgenstein, puede decirse (sobre la filosofía, o el lenguaje), el estilo directo sería tan simple que el juego no valdría la pena de jugarse. Elucidar sus reglas equivale a anularlo, ya que nada más podemos extraer de él, y más vale dedicarse a otra cosa. (Esta actitud la refleja Wittgenstein en su propia vida, además de su obra.)

Es unánime que de las múltiples lecturas del *Tractatus* una resalta sobre las demás: el tema de la aniquilación de la filosofía por el lenguaje, desembocando en la conocida metáfora tantas veces citada:

Mis proposiciones son esclarecedoras de este modo: que quien me comprende acaba por reconocer que carecen de sentido, siempre que el que comprenda haya salido a través de ellas fuera de ellas. (Debe, por así decirlo, tirar la escalera después de haber subido.) (6.54).

y en la lapidaria proposición final, no menos conocida:

De lo que no puede hablarse, mejor es callar. (7.)

que, desde luego, cierra el libro sin comentarios.

Pero empecemos nuestra recreación del juego propuesto por

Wittgenstein: la aniquilación de la filosofía por el lenguaje

Wittgenstein por el principio, que es sólo una manera de jugarlo, ya que el trazado del hilo elegido no hará sino mostrar nuestra propia versión de su complicada madeja.

Toda filosofía comporta una metafísica, y la del *Tractatus* es, declaradamente, el atomismo lógico:

El mundo es todo lo que acaece. (1.)

El mundo es la totalidad de los hechos, no de las cosas (1.1).

Cualquier cosa puede acaecer o no acaecer, y todo el resto permanece igual. (1.21)

Lo que acaece, el hecho, es la existencia de los hechos atómicos (*Sachverhalten*). (2.)

Los hechos atómicos son independientes unos de otros.» (2.061)

Esta posición, que comparten en un principio tanto Russel como el Círculo de Viena en su rechazo al holismo metafísico y, en particular, hegeliano, verá mitigado su carácter asertivo en el positivismo lógico posterior, a favor de una actitud crecientemente agnóstica o convencional. El postulado de Wittgenstein se seguirá aceptando:

La proposición más simple, la proposición elemental, afirma la existencia de un hecho atómico. (4.21)

Así como:

Todo aserto sobre complejos puede descomponerse en un aserto sobre partes constitutivas, y en aquellas proposiciones que describen completamente el complejo. (2.0201)

... pero sólo como instrumento metodológico, sin comportar aserción sobre la naturaleza del mundo.

Una afirmación medular del *Tractatus* es que toda representación del mundo posee su misma forma o estructura. La condición que debe cumplir un símbolo (imagen, figura o proposición) para representar un hecho es compartir su forma o configuración. Cuando la imagen posee la forma de *toda estructura posible*, se trata entonces de la *forma lógica*. De ahí que toda imagen, o figura, participe inevitablemente de la forma lógica:

La figura es un modelo de la realidad. (2.12)

La figura es un hecho. (2.141)

Lo que la figura debe tener en común con la realidad para poder figurarla

a su modo y manera —justa o falsamente— es su forma de figuración. (2.17)

Lo que cada figura, de cualquier forma, debe tener en común con la realidad para poderla figurar por completo —justa o falsamente— es la forma lógica, esto es, la forma de la realidad. (2.18)

En cuanto al alcance o la amplitud de la forma lógica:

Algo lógico no puede ser sólo-posible. La lógica trata de toda posibilidad y todas las posibilidades son sus hechos. (2.0121)

Por tanto:

La figura representa un estado de cosas posible en el espacio lógico. (2.202)

Toda figura es también una figura lógica. (2.182)

Es decir, la figura lógica contiene las posibilidades de configuración del mundo. Ella muestra *lo que es posible*; mientras la imagen o figura no lógica (es decir, no *exclusivamente* lógica) debe participar de la forma lógica, o sea, «ocupar un lugar» en el espacio lógico determinante de toda posibilidad. La confrontación de la figura no lógica con el mundo permitirá conocer si la misma es verdadera o falsa.

La figura representa lo que representa, independientemente de su verdad o falsedad, por medio de la forma de figuración. (2.22)

La figura concuerda con la realidad o no; es justa o equivocada, verdadera o falsa. (2.21)

Para conocer si la figura es verdadera o falsa debemos compararla con la realidad. (2.223)

No hay figura verdadera *a priori*. (2.225)

La operación de confrontación de la figura con el mundo compete a la ciencia empírica, mientras la lógica simplemente muestra (ya veremos el sentido particular de esta palabra en Wittgenstein) la estructura del mundo.

De esta caracterización de las condiciones de representación o simbolización van a resultar dos notables consecuencias: el lenguaje será, en razón de su propia estructura, expresión de hechos, susceptible de verdad o falsedad (dentro del espacio lógico), mientras la lógica, que abarca lo posible en su totalidad (y no lo que es «sólo posible»), resulta un instrumento de escaso valor epistemológico, únicamente útil como

Wittgenstein: la aniquilación de la filosofía por el lenguaje

«armazón» de las proposiciones del lenguaje, cuya inevitabilidad la despoja de interés:

La posibilidad de la proposición descansa en el principio de la representación de los objetos por los signos. (4.0312)

La proposición determina un lugar en el espacio lógico. (3.4)

La señal característica de las proposiciones lógicas está en que se puede reconocer sólo en el símbolo que son verdaderas o falsas; y este hecho contiene en sí toda la filosofía de la lógica. Y es también uno de los hechos más importantes que la verdad o la falsedad de las proposiciones no lógicas no se puede reconocer sólo en la proposición. (6.113)

En efecto, la figura lógica, por referirse a la totalidad de lo posible, conlleva en sí misma su propia verdad: muestra la estructura de cualquier estado de cosas:

Las proposiciones de la lógica son tautologías. (6.1)

Por consiguiente, las proposiciones de la lógica no dicen nada. (Son proposiciones analíticas.) (6.11)

El hecho de que las proposiciones de la lógica sean tautologías *muestra* las propiedades formales —lógicas— del lenguaje, del mundo (6.12)

Y es esta totalidad la que precisamente priva a la lógica de significación (la torna *sinnlos*, vacía), haciéndola tan inútil como la contradicción misma:

La proposición muestra aquello que dice; la tautología y la contradicción muestran que no dicen nada.

La tautología no tiene condiciones de verdad, pues es incondicionalmente verdadera; y la contradicción, bajo ninguna condición es verdadera.

La tautología y la contradicción son vacías. (4.461)

Las proposiciones de la lógica demuestran las propiedades lógicas de las proposiciones que no dicen nada. (6.121)

Esto arroja luz sobre la cuestión de por qué las proposiciones lógicas no pueden ser confirmadas por la experiencia, así como no pueden ser contradichas por la experiencia. (6.1222)

Las proposiciones lógicas describen la armazón del mundo o, mejor, la presentan. No «tratan» de nada. (6.124)

Son entonces las proposiciones no lógicas las que pueden ser una descripción de la realidad, al referirse a estados de cosas factuales (pudiendo ser, por tanto, verdaderas o falsas):

La realidad es comparada con la proposición. (4.05)

El mundo esta completamente descrito por la especificación de todas las proposiciones elementales más la indicación de cuales son verdaderas y cuales falsas. (4.26)

Así llegamos a una gradación de la potencia descriptiva del lenguaje:

Tautología y contradicción no son figuras de la realidad. No representan ningún posible estado de cosas. En efecto, una permite todos los posibles estados de cosas; la otra, ninguno. (4.462)

Las condiciones de verdad determinan el campo que la proposición deja libre a los hechos:

La tautología deja a la realidad todo el espacio lógico —infinito—; la contradicción llena todo el espacio lógico y no deja a la realidad ni un punto. Ninguna de las dos puede, pues, determinar de ningún modo la realidad. (4.463)

La verdad de la tautología es cierta; la de las proposiciones, posible; la de las contradicciones, imposible.» (4.464)

Ya que el espacio lógico abarca la totalidad de lo posible, el pensamiento no puede transgredir los límites de la lógica, creándose una situación sin salida:

La figura lógica de los hechos es el pensamiento. (3.)

No podemos pensar nada ilógico porque, de ser así, tendríamos que pensar ilógicamente. (3.03)

Se ha dicho alguna vez que Dios pudo crear todo, salvo lo que fuese contrario a las leyes de la lógica. La verdad es que nosotros no somos capaces de decir qué aspecto tendría un mundo ilógico. (3.031)

... En lógica nosotros no expresamos por medio de signos lo que queremos, sino que en lógica habla la naturaleza misma de los signos esencialmente necesarios. (6.124)

Nótese el estilo típicamente kantiano que revela la posición de Wittgenstein: el pensamiento esta condicionado por la forma (lógica) que determina, a su vez, la estructura del mundo. No es posible situarse fuera de la forma de figuración, ya que no hay espacio lógico externo a ella, como no es posible pensar, para Kant, fuera de las categorías. Este determinismo epistemológico comporta una serie de limitaciones: No se puede indagar la naturaleza de la lógica (ni de la matemática, que es un «método de la lógica»); no se puede explicar la naturaleza del mundo,

Wittgenstein: la aniquilación de la filosofía por el lenguaje

sólo mostrarla (en la forma lógica de la proposición); y la función de la filosofía se agota en el esclarecimiento del lenguaje, ya que las posibilidades de análisis filosófico, para Wittgenstein, son en extremo limitadas.

La figura puede figurar toda realidad de la cual tiene la forma. (2.171)

La figura, sin embargo, no puede figurar su forma de figuración; la muestra. (2.172)

La figura no puede situarse fuera de su forma de representación. (2.174)

El lenguaje, en la medida en que es símbolo, figura, está limitado (y obligado) a *representar* la forma lógica del mundo. No puede explicarla, como no puede expresar su propia forma de figuración (no hay lugar fuera del espacio lógico); sólo puede revelar la forma de la realidad reflejándola en su propia estructura, esto es, mostrándola. No es posible, pues, el análisis del lenguaje (¿mediante qué metalenguaje podría efectuarse, fuera del espacio lógico?). Lo mismo vale para la lógica, que sólo muestra la posibilidad de figuración del mundo, sin ser susceptible de análisis ella misma.

Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo. (5.6)

Ninguna proposición puede decir nada de sí misma porque el signo proposicional no puede estar contenido en sí mismo. (3.332)

La proposición *muestra* su sentido. (4.022)

La proposición puede representar toda la realidad, pero no puede representar lo que debe tener en común con la realidad para poder representar la forma lógica.

Para poder representar la forma lógica debemos poder colocarnos con la proposición fuera de la lógica; es decir, fuera del mundo. (4.12)

La proposición no puede representar la forma lógica; se refleja en ella.

Lo que en el lenguaje se refleja, el lenguaje no puede representarlo.

Lo que en el lenguaje se expresa, *nosotros* no podemos expresarlo por el lenguaje. (4.121)

La lógica llena el mundo; los límites del mundo son también sus límites.

Lo que no podemos pensar no podemos pensarlo. Tampoco podemos decir lo que no podemos pensar. (5.61)

Para Wittgenstein, el intento de indagar la naturaleza de las cosas por encima de la limitación formal del lenguaje ha conducido a errores «de los cuales está llena toda la filosofía». El análisis no puede sino repetir el sentido mismo de las proposiciones, lo que se evidenciaría

si se adoptara un simbolismo «correcto»:

Cada proposición debe ya tener un sentido; la aseveración no puede dársele, pues lo que asevera es el sentido mismo. (4.064)

Que algo caiga bajo un concepto formal como su objeto, no se puede expresar por una proposición, sino que esto se muestra en el símbolo del objeto mismo. (El nombre muestra que significa un objeto; el signo numérico, que significa un número, etc.) (4.126)

Así, el nombre variable 'x' es el signo propio del pseudo-concepto *objeto*. Siempre que la palabra 'objeto' (cosa, entidad, etc.) se use correctamente, está expresada en el simbolismo lógico por el nombre variable.

Siempre que se use de otro modo, como si expresase un nombre propio, nacen pseudoproposiciones sin sentido.

Así, por ejemplo, no se puede decir 'hay objetos', como se dice 'hay libros'. Y tampoco se puede decir 'hay cien objetos' o 'hay 'x' objetos'.

Y no tiene sentido hablar del *número de todos los objetos*.

Lo mismo vale para las palabras 'complejo', 'hecho', 'función', 'número', etc.

Expresiones como '1 es un número', 'hay un solo cero', y todas otras semejantes, son un sinsentido. (4.1272)

La cuestión acerca de la existencia de un concepto formal es un sin sentido, pues ninguna proposición puede responder a tal cuestión. (4.1274)

La depuración propuesta alcanza, desde luego, a la lógica y su método, la matemática, cuyas ecuaciones son pseudoproposiciones:

Certeza, posibilidad o imposibilidad de un estado de cosas no se expresan por una proposición, sino porque una expresión es una tautología, una proposición con significado o una contradicción. (5.525)

Toda tautología muestra por sí misma que es una tautología. (6.127)

La prueba en lógica es sólo un expediente mecánico para facilitar el reconocimiento de una tautología, cuando es complicada. (6.1262)

De aquí resulta que podríamos también pasar sin las proposiciones lógicas, ya que en una notación adecuada podríamos reconocer las propiedades formales de las proposiciones por una simple inspección. (6.122)

La lógica del mundo, que en las proposiciones de la lógica aparece en tautologías, aparece en matemáticas como ecuaciones. (6.22)

Pero lo esencial de la ecuación consiste en que no es necesaria para indicar que ambas expresiones unidas por el signo de igualdad tienen el mismo significado: pues esto puede percibirse de las dos expresiones por sí mismas. (6.232)

Wittgenstein: la aniquilación de la filosofía por el lenguaje

Sea dicho de paso: decir de dos cosas que son idénticas es un sinsentido, y decir de una que es idéntica consigo misma no es decir nada. (5.5303)
Vemos ahora que pseudo-proposiciones como: 'a=a', 'a=b. b=c', '($\exists x$) x=x', '(x) x=a', etc., no se pueden escribir en absoluto en un simbolismo lógico correcto. (5.534)

Expresiones como 'a=a' u otras derivadas de ellas no son ni proposiciones elementales ni signos con significado. (4.243)

De este modo desaparecen todos aquellos problemas que estaban en conexión con tales pseudoproposiciones. (5.535)

No hay, entonces, una filosofía de la matemática, que es vacía de sentido:

La matemática es un método lógico.

Las proposiciones de la matemática son ecuaciones y, por consiguiente, pseudoproposiciones. (6.2)

Las proposiciones matemáticas no expresan ningún pensamiento. (6.21)

Como tampoco, como hemos visto, hay filosofía de la lógica:

La lógica no es una doctrina, sino un reflejo del mundo. (6.13)

La señal característica de las proposiciones lógicas está en que se puede reconocer sólo en el símbolo que son verdadera o falsas; y este hecho contiene en sí toda la filosofía de la lógica. (6.113)

Ni hay, propiamente, filosofía del lenguaje: aun cuando Wittgenstein afirma que «toda la filosofía es crítica del lenguaje», la única forma de esta crítica es la aclaración de las proposiciones, ya que, de todos modos, es imposible ir más lejos:

Una obra filosófica consiste esencialmente en elucidaciones.

El resultado de la filosofía no son proposiciones filosóficas, sino el esclarecimiento de las proposiciones. (4.112)

Y esa actividad aclaratoria, lejos de conducir a la elaboración de un sistema, lleva a su propia aniquilación, por simplificación, luego de mostrar el sentido de las proposiciones fácticas (las únicas que pueden ser verdaderas o falsas). Como el taumaturgo que, habiendo salvado a otros, es incapaz de salvarse a sí mismo:

La totalidad de las proposiciones verdaderas es la ciencia natural total (o la totalidad de las ciencias naturales). (4.11)

La filosofía no es una de las ciencias naturales. (4.111)

La mayor parte de las proposiciones y cuestiones que se han escrito sobre materia filosófica no son falsas, sino sinsentido (*unsinnig*). No podemos, pues, responder a cuestiones de esta clase de ningún modo, sino solamente establecer su sinsentido.

No hay que asombrarse de que los más profundos problemas no sean propiamente problemas.

La mayor parte de las cuestiones y proposiciones de los filósofos proceden de que no comprendemos la lógica de nuestro lenguaje. (4.003)

El verdadero método de la filosofía sería propiamente éste: no decir nada, salvo aquello que se puede decir; esto es, las proposiciones de la ciencia natural —algo que nada tiene que ver con la filosofía—; y siempre que alguien quisiera decir algo de carácter metafísico, demostrarle que no ha dado significado a ciertos signos en sus proposiciones. Este método dejaría descontentos a los demás —pues no tendrían la sensación de que se les estuviera enseñando filosofía—, pero sería el único estrictamente correcto. (6.53)

Lo que arroja el resultado, sin duda decepcionante para muchos:

El objeto de la filosofía es la aclaración lógica del pensamiento.

La filosofía no es una teoría, sino una actividad. (4.112)

Al terminar nuestro trazado de la que sólo es una de las líneas —si bien quizás la más conspicua— de la incesante trama del *Tractatus*, son muchas las cosas que podríamos responder hoy a Wittgenstein, a finales del siglo cuyo inicio vio el nacimiento de su obra. Que el programa del logicismo requiriera ya la incorporación, al menos, de axiomas extralógicos (infinitud, reducibilidad, elección) o de supuestos equivalentes, parece el indicio más directo —antes de llegar a la posterior demostración de la incompletitud de los cálculos de orden superior, o a la limitación de la teoría elemental de la cuantificación frente a los sistemas no numerables (como la teoría de conjuntos), que revela la paradoja de Skolem— de que la matemática no es un simple apartado o un «método» de la lógica. Los desarrollos de lógicas alternativas y divergentes (incluyendo propuestas de axiomatización que descartan el principio de exclusión de tercero o el de no contradicción) hacen parecer ingenua la concepción de la lógica como tautologías que «muestran la armazón del mundo» más allá de la cual «no podemos pensar nada.» Carnap demostró, por otra parte (en *Logical Syntax of Language*), que un lenguaje tiene la capacidad de expresar su propia sintaxis, sin caer en contradicciones o sinsentidos. Finalmente, la

Wittgenstein: la aniquilación de la filosofía por el lenguaje

concepción que ha tendido a prevalecer de la filosofía —tanto en el ámbito académico de inspiración más clásica como en la generalidad de las corrientes lógico empiristas o analíticas que el propio Wittgenstein contribuyera a impulsar— es que su función no se reduce a la aclaración de las proposiciones: si bien el análisis del lenguaje se ha revelado como una importante, e incluso ineludible, tarea filosófica, la preocupación última del filósofo no es el modo de expresión de las proposiciones, sino las cuestiones que las proposiciones expresan.

Pero las consecuencias remotas del *Tractatus* son sólo un ejemplo de que la obra escapa siempre a la previsión de su autor. Si la filosofía se salva de la condena a la extinción dictada por Wittgenstein, es precisamente —paradoja que se añade a la trama indirecta del *Tractatus*— porque asume el papel por el propuesto: al margen de que su ejercicio conduzca o no a una teoría, la actitud genuinamente filosófica ha sido, en toda época, la indagación, a la que aporta Wittgenstein un enérgico impulso llamando poderosamente la atención sobre el principal instrumento del filósofo, el lenguaje, y su relación con la lógica. (No se olvide que el desenlace que hemos seguido es sólo uno de los sugerentes temas del libro, y que su forma aforística lo hace susceptible de diversas lecturas: en cierto sentido, vastos sectores de la matemática pueden considerarse derivaciones de la lógica, entendida como sistema expandible por la incorporación de axiomas, como muestra suficientemente *Principia mathematica* de Whitehead y Russell; igualmente puede decirse que la lógica (algún sistema lógico) muestra las propiedades formales del lenguaje y del mundo, en la medida en que toda forma de lenguaje configura un modo de representación (del mundo) del que no podemos descartar, en principio, su construcción formal.) Cualquiera que sea el área de investigación filosófica —la lógica, los fundamentos de la ciencia o el lenguaje, en las que se ha concentrado principalmente el movimiento analítico, o las más tradicionales de la ética, la estética o la ontología— el *Tractatus* es un modelo de sistematicidad y rigor investigativo que destaca como ejemplo de que la filosofía, más que una teoría es, básicamente, una actividad.